



Colección Maha Yoga

Encuentros con Babaji.

La primera vez que tuve el inmenso honor de ver al Divino Gurú, estaba viajando en un tren AVE hacia un destino que no logro recordar y me movía por los pasillos afanosamente con la maleta y una muleta que me servía de sostén físico a mi cuerpo maltrecho. Iba acompañado de mi esposa y fue ella que iba delante, quien lo vio primero. Como Babaji tenía los ojos cerrados y parecía estar muy interiorizado, mi esposa me hizo una seña y en voz baja para no molestarlo me dijo algo como: “mira, un hombre haciendo yoga”. Ella continuó por el pasillo, cargando con las maletas, pues como habíamos llegado tarde, estábamos dirigiéndonos hacia nuestro vagón por dentro del tren.

Yo, que estaba más concentrado en mis dificultades físicas que en un hombre sentado en el suelo y con la conciencia dormida, me dispuse a no hacer caso al asunto y continuar, pero me quede petrificado delante de aquel ser, mirándolo impávido, como si el tiempo se hubiera detenido. He de decir que no me producía ninguna sensación especial, únicamente no podía dejar de mirarlo. Y una de las cosas que llamaban mi atención, sin saber por qué, eran sus pies. Inconscientemente estaba buscando la bendición de Babaji, que se hubiera visto obligado a bendecirme al tocar sus pies, como marca la tradición hindú. También me sorprendió que sus zapatos, no solo, no estuvieran gastados, sino que la suela permanecía completamente limpia. Su ropa, compuesta por una camisa azul clara y un pantalón beige con zapatos náuticos, que parecía haber sido robada a un maniquí, no tenía rastro de uso ni de suciedad. Además era una vestimenta poco apropiada para realizar la figura del loto.

Respecto a sus rasgos, son idénticos a los que se hayan pintados en un retrato del que desconozco su autor, con la diferencia de que la tez era blanca y el pelo algo más claro. La piel parecía carecer de densidad física, como si fuera una fina telilla, quizás podría definirse como con un aspecto más poroso de lo normal. El pelo, algo más claro y menos espeso que en la pintura, caía de igual forma, formando un triángulo sobre sus hombros.



Pasados unos momentos el Bendito Yogui abrió los ojos, de color azul aguamarina, yo me dispuse a hacer como si continuara cargando con la maleta, pero no pude dar un paso y mientras mi cuerpo tiraba de sí mismo y de la carga, mis pies permanecían anclados y mis ojos poseídos por los suyos. No es que su mirada me hiciera sentir algo especial, simplemente mi atención era suya. No obstante, sí pude darme cuenta de que en sus ojos no había miedo a la vida, como se puede hallar en cualquier pupila humana y existía frescor e inocencia, a la vez de un poder que me asustaba. Fue entonces cuando sonrió y sentí que su sonrisa se clavaba en mi rostro y penetraba dentro de mí, escudriñando todos mis secretos. Aquel sentimiento de vulnerabilidad entre su infinito poder, su socarrona sonrisa que parecía burlarse de todo lo que es imperfecto y humano y, la sensación de ser dolorosamente translúcido frente a sus ojos, mostrándome sin recato a mi propio ego reflejado en sus pupilas, me empujó a realizar un notable esfuerzo para agachar la cabeza y dejar de observarlo frente a frente. Con su mirada, todavía burlona, me dio permiso para marcharme y me alejé por el pasillo del tren, cabeza baja, llevándome al paso en mi ceguera y en mi miedo, codos y rodillas ajenos.

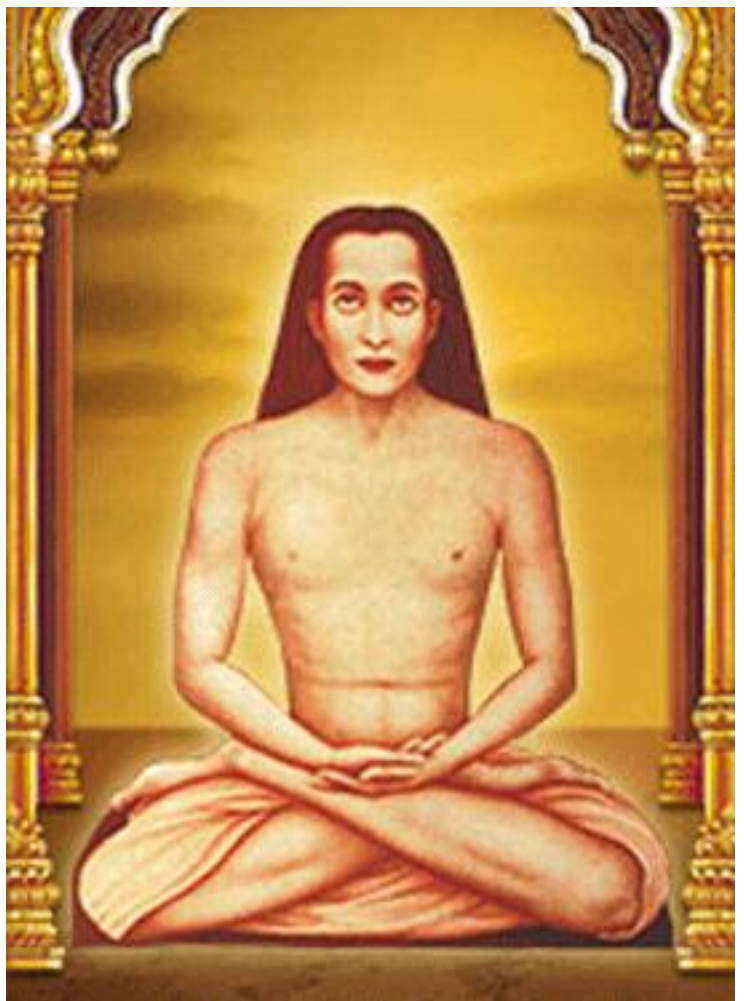
La segunda vez, creo recordar, fue menos traumática la visión del Amado Babaji. Tuve el honor de volverlo a ver en un viaje de Córdoba a Madrid, en el que me encontraba más deseoso de alimentos espirituales, cuyo interés había decrecido en mí en los últimos años, a pesar de que desde mi más tierna infancia, con cuatro o seis años, era el eje de mi existencia.

En este viaje contacté emocionalmente con las enseñanzas de Paramahansa Yogananda y fue poco después cuando empecé a recibir las lecciones de SRF. Así pues, Babaji se encontraba al comienzo de este viaje, que me hizo entregarme de lleno al Kriya Yoga, como inicio de mi trayecto hacia el Maha Yoga.

De nuevo me encontraba en la misma situación, pero esta vez no estaba moviéndome entre vagones junto con mi esposa por haber llegado tarde al tren, sino porque, casualmente, nos equivocamos de vagón. Les pedimos a dos viajeros que abandonaran nuestros asientos, cuando nos dijeron que nos habíamos equivocado con el número de vagón, así que tras disculparnos reemprendimos la marcha y antes de entrar en el que nos correspondía, nos dimos de lleno con el Amado Yogui, que se encontraba, en el mismo lugar del vagón, en la misma postura ... ¡y con la misma ropa!

De nuevo me encontraba en la misma situación, pero esta vez no estaba moviéndome entre vagones junto con mi esposa por haber llegado tarde al tren, sino porque, casualmente, nos equivocamos de vagón. Les pedimos a dos viajeros que abandonaran nuestros asientos, cuando nos dijeron que nos habíamos equivocado con el número de vagón, así que tras disculparnos reemprendimos la marcha y antes de entrar en el que nos correspondía, nos dimos de lleno con el Amado Yogui, que se encontraba, en el mismo lugar del vagón, en la misma postura ... ¡y con la misma ropa!

De nuevo me encontraba en la misma situación, pero esta vez no estaba moviéndome entre vagones junto con mi esposa por haber llegado tarde al tren, sino porque, casualmente, nos equivocamos de vagón. Les pedimos a dos viajeros que abandonaran nuestros asientos, cuando nos dijeron que nos habíamos equivocado con el número de vagón, así que tras disculparnos reemprendimos la marcha y antes de entrar en el que nos correspondía, nos dimos de lleno con el Amado Yogui, que se encontraba, en el mismo lugar del vagón, en la misma postura ... ¡y con la misma ropa!



observó extrañado, así pues, supe que alguien más podía verlo.

Babaji no me dejó pensar mucho y me miró de nuevo fijamente. Esta vez no me sentí escudriñado de forma tan agresiva, pero seguía observándome con sorna, divertido por lo perplejo de mi semblante. Se levantó sin esfuerzo ni peso alguno, como si fuera hueco y se marchó por el pasillo. A una seña suya, pude retomar la tarea de seguir a mi esposa, que se adentraba cargada por el pasillo del vagón.

La tercera vez que lo vi, mismo tren, mismo destino, no hubo equivocación. Habíamos dejado las maletas en la zona reservada para ello y después de estar un rato en nuestros asientos, me dirigí a por un libro de Paramahansa a la maleta y a por otros objetos de mi esposa. Lo vi a través del cristal de la puerta del vagón y retorné mi mirada hacia la maleta. De pronto me quedé parado. Aquel era el yogui de los otros viajes, con la misma ropa inmaculada y sin desgaste, aunque con algunos cambios, creo que la camisa era diferente. Ahora era lisa, de color azul claro, el pantalón era azul oscuro y los náuticos, de ser marrones habían pasado a ser también azules. Por lo demás nada había cambiado, tampoco la situación en el vagón. Dejé las maletas y temeroso por lo inaudito de lo que estaba viendo, me dirigí hacia él. Quedé frente a Babaji, esperando algún movimiento, alguna respuesta. Ahora, que mi conciencia estaba un poco más clara, sentía que me hallaba ante alguien especial, extraño y poderoso y aunque no era capaz de valorar a este ser, su rostro me recordaba con insistencia al de un

maestro, sin saber cual.

Babaji me miró, sonrió con la misma sorna de siempre, pero de forma más elevada. Me miró profundamente a los ojos y no me quedó más que bajar los míos. Sabía que iba a escudriñarme de nuevo, así que esta vez ya estaba prevenido.

Aquel gesto huidizo por mi parte pareció no gustarle y de un salto, pero sin hacer el menor ruido o movimiento de aire, se levantó y se dirigió por el pasillo que se encontraba en dirección contraria al mío. De la postura de loto, pasaba a estar de pie en un segundo y sin el menor esfuerzo, como si fuese de goma y no pesara.

Me dispuse a regresar a las maletas, abochornado por ese sentimiento de vulnerabilidad frente a una mirada escudriñadora y una sonrisa que se mofaba del mundo y de mi personalidad. Cuando había andado cuatro pasos, los que me separaban de las maletas, sentí que estaba enfadado con ese hombre que me hacía bajar la mirada. Mi orgullo y

mi coraje explotaron silenciosamente dentro de mí y volví a desandar los cuatro pasos hasta donde lo había dejado. Babaji se había levantado y había empezado a andar por el pasillo hacia unos segundos, pero me quedé perplejo cuando vi que ya no estaba.

Entonces pensé que su asiento debía estar cerca de donde se había sentado a hacer yoga. No le había dado tiempo, en menos de cinco segundos, de cruzar el vagón y tampoco se había oído el ruido de la puerta, así que escudriñé el vagón asiento por asiento para decirle cuatro cosas a aquel desvergonzado que me hacía apartar la mirada. No lo encontré.

Estupefacto y cabizbajo, regresé y hundí mi pensamiento en las maletas, mientras buscaba el libro y los objetos de mi esposa. No sabía qué pensar ni qué decir. En aquel viaje a Madrid realicé mi primera iniciación al Kriya Yoga de Babaji. Los sueños en los que se aparecía el misterioso viajero se hacían cada vez más frecuentes.

En el cuarto encuentro, se produjo en las mismas circunstancias, me hallaba viajando solo, con destino a Barcelona, con el objetivo de recibir la segunda iniciación al Kriya Yoga de Babaji.

Días antes del viaje, dos ideas habían hecho eco en mi mente. La primera, era que me iba a encontrar en el tren, con alguien que iba a asistir a dicho curso en Gavá, Barcelona y que yo iba a reconocer al supuesto viajero. Aquella idea incluso me fue dicha en meditación por



Rafael Peralto

seres elevados que a veces me hablan o instruyen. La segunda idea era que me iba a encontrar de nuevo con el yogui insolente. Lo veía en mis sueños, sentado en su postura de meditación, con aquella mirada y su sonrisa que desmontaban el ego de cualquiera que osara mirarla.

Por supuesto, ambas ideas, a pesar de venir de mundos o formas sutiles o de seres elevados, me parecían increíbles, en especial el posible encuentro con el yogui, que había tenido lugar hacía menos de dos meses.



Una vez instalado en el tren, aquellas dos ideas fueron perdiendo fuerza. No había visto al yogui y no había nadie sentado a mi lado, así pues, eran tonterías, pensé. Pero como había colocado mi maleta en el compartimiento cuando éste se encontraba vacío y aquella era de tela poco resistente, pensé que, quizás, podría estar cubierta de maletas pesadas, que podrían poner en riesgo los libros y las piedras de meditación que llevaba.

Y sí, al llegar a las maletas no pude refrenar mi deseo de mirar por la ventanilla de la puerta entre vagones, para descubrir al Amado Maestro una vez más y como siempre, en la misma postura, mismo lugar, misma ropa.

Esta vez no iba a dejarlo partir. Mi orgullo se hallaba en deuda con él. Esta vez lo miraría a la cara y le obligaría a decirme quien era y por qué me sonreía de esa forma. Me planté frente a él y sentí cómo sabía de mi presencia. Su rostro sedoso y transparente meditaba impávido. Me incliné un poco hacia él y abrió sus ojos.

Parecía sentirse un poco disgustado por la intromisión, pero sentí que era un enfado superficial y él me sonrió, esta vez con más tacto y suavidad. Entonces me atreví a hablarle, con mucho respeto, pues de nuevo manejaba él la situación y mi orgullo había sido reemplazado por un cierto y respetuoso temor. “Perdón -le dije- ¿habla usted mi idioma?”. Supuse que era extranjero porque sus facciones no eran comunes, pero preferí empezar con el único idioma que hablo bien, antes de hacer el ridículo. Babaji me miró sorprendido y sin dar tiempo a más, le pregunté si hablaba inglés. Pareció mostrarse molesto, aunque sonreía al mismo tiempo, divertido por la escena. Me es imposible explicar la expresión de su rostro. Levantó su mano derecha, creo, con el índice hacia arriba y en ese momento sentí su divinidad. Había tanto poder y belleza en ese solo gesto, que quede petrificado y con la personalidad de nuevo a la zozobra. Creo recordar que se llevó el pulgar cerca de los labios y luego lo movió de un lado a otro como cuando se le dice “no” a un niño. Sentí, de veras, haberlo perturbado, haber molestado a un Buda en sus momentos de meditación, pero tras su rostro de ligero enfado, se dejaba ver a un niño que se divertía de lo lindo con mi torpeza y que sentía compasión ante mi inconsciencia.

Se levantó de un salto, sin esfuerzo, sin agitar el aire y se encaminó de nuevo y como siempre, por el pasillo. Cabizbajo y constreñido como un niño que se arrepiente de una travesura, lo vi alejarse unos pasos por el pasillo, rozando levemente sus pies sobre el suelo y en un pestañeo, desapareció. Esta vez no fui capaz de seguirlo. Sabía que había visto a un Buda, a un ser iluminado, aunque no sabía a quién.

Al regresar de nuevo a Córdoba imprimí por error un retrato dibujado de Babaji, en blanco y

negro y ¡sorpresa!, descubrí la identidad del yogui viajero y el por qué de la liviandad de su cuerpo. Comprendí que Babaji me había acompañado en esos cuatro viajes importantes para acercarme a Él.

Después volví a encontrármelo en un curso de profesores de Rebirthing, técnica entregada por Babaji a Leonard Orr, dato que yo desconocía cuando decidí realizar el curso. Este encuentro me fue anunciado en el primer capítulo del libro “Mahavatar Babaji y la práctica del Maha Yoga” que acababa de comenzar a escribir en el centro espiritual “El Molino”, sito en la sierra de Aracena, Huelva. En el libro Babaji me dijo que no me hablaría, pero sí me tocó. Después y durante estos encuentros, lo he visto muchísimas veces en forma luminosa o con cuerpo vital y a veces semi-físico. Su presencia siempre me acompaña en los momentos que Él considera de importancia. El hecho de poseer un cuerpo físico, hace que la relación con el Mahavatar Babaji sea más fácil y factible y que los iniciados que, llevados por la devoción, deseen tener una visión etérica o incluso física del Divino Maestro puedan lograrlo.

Merced a estos encuentros, he recibido la inspiración y las instrucciones para escribir acerca del Maha Yoga y sus técnicas. Todo ello me ha llevado a entregar mi vida a la meditación y al servicio a los demás para que todo el que lo desee pueda recibir las enseñanzas de este yoga nuevo y antiguo comprobando mediante la práctica la rápida transformación que producen sus ejercicios.

Rafael Peralto

